

## XII

Los bailes de la Opera de Paris constituyen tal vez, uno de los espectáculos de más atractivo de aquella capital.

La esplendidez y el cuidado con que visten estos espectáculos, el talento de los pintores escenógrafos, la gracia de las bailarinas, todo realzado por el brillante aspecto que prestan á la sala las elegantes damas que á ella concurren, constituyen una de las mejores distracciones que Paris reserva á los ociosos atacados de *spleen* ó en busca de elegantes placeres.

Añadid á esto los encantos de una música fácil, ligera ó apasionada, los ritmos de los originales bailables de los célebres compositores Delibes ó Metra, y muy mal humor tendréis que tener si no pasais tranquilamente y sin quejaros las dos horas de alegría que habeis pedido al nabab Halanzier [el empresario de la Gran Opera].

Uno de los bailes más caprichosos y que más

dinero y fama han dado al célebre empresario, ha sido seguramente el titulado *Coppelia*.

Los abonados á los viérnes—día de moda—ocupaban sus respectivas localidades, y las más bellas y distinguidas damas de la sociedad parisiense ocupaban los palcos, aumentando, con su belleza, el brillante aspecto del teatro.

Los músicos de la orquesta, desdeñados por el público, que presta toda su atención en la escena, tienen su espectáculo en la sala, que seguramente no es el menos interesante de los dos.

En los descansos que el compositor ha creado á los músicos, se entretienen éstos en analizar las bellezas que adornan la sala, y así, no extraña el ver que el cornetín ó los clarinetes dirigen sus miradas á los palcos, y que más de un violín suspira ó busca una frase picaresca observando las miradas extáticas de alguna rubia inglesita ó de alguna encopetada aristócrata perteneciente á la más rancia nobleza del arrabal de San Germán.

En la noche á que nos referimos, todas las miradas de los espectadores, durante los entre actos, se dirigían al palco proscenio.

Era el de la princesa Ivanowska.

Lánguidamente recostada en el antepecho del palco, parecía, bajo el reflejo de luz eléctrica, la herofna de una función de magia.

Las elegantes melodías de la música de Delibes parecía no escucharlas sino con marcada indiferencia, y no prestaba gran interés á los saltos y pasos de punta de la primera bailarina. En vano lord Fowler se esforzaba por llamar su atención sobre las artísticas decora-

ciones debidas al pincel de Rubéns, Labastre ó Cambon; en vano lanzaba un ¡aoh! de admiración cuando la primera bailarina, á dos pasos de la batería, sofocada de animación se paraba de pronto y saludaba con inclinaciones graciosas y suplicantes á los romanos de aquel gran lizo coliseo. La princesa escuchaba todo distraída mente y no respondía.

De vez en cuando se volvía hácia el capitán dirigiéndole una sonrisa, pero en realidad estaba destinada para ocupar su examen, y sin decir una palabra seguía la dirección de la mirada de Roberto, que trazaba una línea recta, desde el palco de la princesa al de la señora de Branville, situado frente por frente al de la princesa.

Gabriela estaba tan hermosa como la princesa, pero su belleza era más viva, más francesa, y sin embargo, menos apreciada, no parecía aburrirse.

Estaba rodeada de un círculo de amigos de confianza, y la conversación, á juzgar por el aire regocijado de los contertulios, no debía carecer de interés.

Allí estaba de Tresmes, siempre conforme con lo que decía el general, mientras que el vizconde Palamede, frío como un magistrado y prendido de veinticinco afleres, entretenían á la condesa con sus anécdotas sobre las bailarinas, detallando con seriedad imperturbable las más escabrosas aventuras, pero dicho con tanta discreción que era imposible escandalizarse.

El general, tranquilo y satisfecho, lleno de serena admiración, repartía sus miradas en-

tre su mujer, que le parecía incomparable, y la escena que le divertía.

Las ligeras armonías que escuchaba con placer, le habían aletargado dulcemente, y se juzgaba el sér más dichoso de los dos hemisferios.

Tal vez lo era en aquel momento.

Un observador que hubiera tenido la curiosidad de estudiar aquellos dos palcos enemigos, hubiera seguramente encontrado más malicia en el de la princesa y más franca alegría en el de Gabriela, pero tanta pasión en uno como en otro.

De ambos palcos, de vez en cuando se cruzaban algunas miradas destinadas á conocer los secretos del campo enemigo.

Las dos estrellas, principalmente, rivalizaban en el difícil arte del simulacro.

La princesa decía á lord Fowler:

—¿Aquella dama, joven todavía, que tiene el pelo rojo y tez morena, es la señora de Branville?

—Sí, princesa, pero es preciso no decir todavía joven, pues la condesa no tiene más que veinte años.

—Pues representa algunos más.

—De lejos tal vez. Además, la condesa no es morena, es más bien rubia. A vuestro lado, por ejemplo, como no tiene la tez nevada de las Elavas y Siberianas, ni sus cabellos de oro, podría, en efecto pasar por morena. Esos vaporosos colores no los conocen las parisien-ses más que en pintura.

—Y aquel caballero ya viejo es su marido, ¿no es verdad?

—Tenéis razón en llamarle viejo, pero aún está más fuerte que un roble.

—¡Bah! Los hombres, mi querido lord, no tienen más que un tiempo y el del general está muy próximo al de la decrepitud. El conde descende ya á grandes pasos la montaña de la vida y su mujer principia ahora la ascension. ¿Cómo queréis que se encuentren, si caminan por distintas sendas?

Roberto, que escuchaba con apasionado interés la conversacion, se mordió los labios y pensó que el encuentro no era tan imposible como la princesa suponía.

—El vizconde de Saint Remy — continuó la princesa explorando con sus gemelos la avanzada enemiga — debe referir unas historias muy interesantes, pues la condesa no cesa de reír. Lo que ahora desliza á su oído debe ser muy escabroso, si es que interpreto bien el juego de su fisonomía. ¡Pobre general! El tiempo se encargará de enseñarnos muchas cosas. Lo que me parece es que la condesa no es tan taciturna como decían. Es bastante coqueta. Hace unos movimientos de cabeza y dirige unas sonrisitas al intrigantillo de Saint Remy... En confianza: tiene mucho ingenio el vizconde. ¿No es cierto, Roberto?

—¡En efecto, princesa!

—¡Ah! dudo que la condesa tenga tanto como él; pero si así fuera, creo que se entenderían con facilidad.

—Sois mordaz — contestó Roberto — y queréis parecerlo más de lo que sois.

—De ningún modo. Siempre me muestro como soy, y reconozco que algunas veces soy peligrosa.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. ¡Cuando aborrezco á alguien!

—Pero vos no experimentáis ese sentimiento por la condesa, ¿no es cierto?

—Tal vez sí.

—¿Por qué causa?

—Por instinto.

—Entonces no ha tenido el don de agradaros?

—En nada.

—Es extraño. Decís eso porque no la conocéis.

—Hay más, tengo la seguridad de que ella tampoco me quiere.

—¿Y qué pruebas tenéis para hablar de ese modo?

—Todas las necesarias.

—O ¿juro que os equivocáis.

—¿Queréis cercioraros de la verdad de mis palabras?

—¿De qué manera?

—En el próximo entreacto vais al palco de la condesa á presentarla vuestros respetos, y veréis cómo os habla mal de mí. Dirá que soy vieja, fea, que estoy muy ajada, y otras mil alabanzas por ese estilo, y que vos me vais á prometer ahora referirmelas después fielmente.

—O ¿lo prometo. Però seguramente lo que os diga será para obligaros á confesar vuestro error.

—Cuando estéis de vuelta os daré una segunda prueba más decisiva que esa.

Esta conversacion se había verificado á media voz, afectando en ella la princesa y Roberto esos aires distraídos que despistan la atención de los curiosos.

Lord Fowler, con su acostumbrada y británica reserva, se había recostado en su sillón y parecía absorto contemplando las maravillas de la escena.

Una cosa análoga á la anterior ocurría en el palco del general.

— Señor de Saint-Remy— decía Gabriela— ¿quién es aquella diáfana deidad con quien está hablando el capitán?

— ¿Con quién había de ser si nó con la princesa Constanza?

— Es verdad. No sé dónde tengo la cabeza. Es encantadora y digna de su reputación. Y... á propósito, ¿es buena?

— ¿La princesa?

— No, su reputación.

— ¡Oh, condesa! De todo punto excelente. Es una dama de las más nobles de su país. Tiene tantos millones como quiere. Además, es libre como una alondra y muy aficionada á los viajes.

— Me parece que tiene una amistad muy íntima con el capitán.

— Nada puedo precisar, pero no hay que juzgar por las apariencias.

— Sin embargo, según cuentan las crónicas...

— ¿Y no podría ser todo eso el resultado de una amistad que tienda á un fin determinado?

— ¿Cuál?

— El matrimonio, por ejemplo.

— ¿Creéis que la princesa se casará con Roberto?

— ¿Y por qué no?

— Por mil razones, por la diferencia de nacionalidad, de edad, de religión, de fortuna.

— Roberto es un hombre de honor y de porvenir.

— No digo lo contrario.

— Su carrera vale tanto como un título nobiliario, tiene clarísima inteligencia, y su porvenir, con el régimen actual, no tiene límites. Yo preferiría un abogado aunque no fuese una lumbrera.

— Además, Roberto es muy simpático.

— Eso sí que es verdad.

— Entonces, ¿qué obstáculos encontráis?

— ¿Qué sé yo? De modo que ese proyecto de matrimonio lo creéis seguro.

— Sí, si mi perspicacia no me engaña.

— Lo será por parte de la princesa.

— Que no es la menos importante.

— Pero hace falta el consentimiento del novio.

— ¡Diantre! Mal gusto tendría si no aceptase por esposa á una mujer tan bien emparentada.

— Eso no es más que una consideración.

— Y una de las más hermosas de la cristiandad, comprendidas las demás sectas de la religión. Una verdadera Elith, blanca como la nieve y dulce como la pluma del Eider. O si no, miradla un instante. ¿Quiénes son las damas que son aquí el objeto de todas las miradas?

— No sé...

— ¡Qué modesta sois! Vos primero, después la princesa.

— Sois un vil galanteador. Invertid los términos de vuestra proposición. Primero la princesa.

—Lo niego en absoluto. Lo dicho, dicho está.

—Vizconde, ¿queréis, en el próximo entre-acto, ofrecerme el brazo para dar una vuelta por el *foyer*?

—Acepto con gran reconocimiento. Deseáis ver de cerca á la princesa, ¿no es así? seréis complacido, condesa.

En aquel momento terminaba el primer acto de *Coppelia*.

La condesa se disponía á salir, cuando Roberto se presentó en el palco.

Notando Gabriela que la princesa no salía del palco, volvió á sentarse, tendiendo su mano al joven, que la estrechó con la punta de los dedos.

—Dispensadme—dijo Gabriela dirigiéndose á Saint-Remi, que ya estaba en el pasillo con de Tresmes;—saldré dentro de un instante.

—Mucho me alegro de verte—dijo el general á Roberto.—Aquella es tu princesa, ¿no es cierto? Ya la conocía de vista. Está más hermosa que nunca. Te felicito por tu buena suerte.

—Mi general, la princesa no es mía—dijo Roberto recalcando la pronunciación de la última palabra—es la princesa Ivanowska, lo que es muy distinto.

—¡Bah!—replicó el conde con placidez;—no andes con misterios, querido. Cuando se obtienen los favores de una mujer semejante, bien se puede uno enorgullecer. Imitala, pues ella no oculta sus preferencias por tí, lo que después de todo no me extraña.

El conde se levantó diciendo á la condesa:

—¿No queréis salir, Gabriela?

—No. Estoy algo cansada. Dentro de un rato.

En el palco quedaron solos Gabriela y Roberto.

El capitán estaba algo perplejo, pues se veía vigilado por la mirada de Constanza.

—La modestia es una virtud, y vos la practicáis.—Insinuó la condesa para entrar en materia.

—No me reconozco ese mérito, ni me enorgullizarán por tan poca cosa.

—Sois reservado y carecéis de vanidad. Nada os falta.

—Os equivocáis. Me faltan muchas cosas que ambiciono y que no poseeré jamás.

—¿Y son? Sepamos.

—Pues lo que tienen muchas personas de las que me rodean y á quienes veo siempre resplandecientes de felicidad.

Y al decir esto, Roberto dirigía una significativa mirada al sillón que momentos antes ocupaba el general.

Un vivo carmín coloreó las mejillas de la condesa.

—Me parece que no os falta á quien pedirselo—replicó Gabriela con viveza.—La princesa es rica y puede dar la limosna de su tiempo y de sus gracias. Además, posee una superioridad sobre otras vecinas suyas.

—¿Cuál?

—Su independencia.

Roberto no contestó.

La condesa añadió:

—Parece que se sacrificarla con mucho gusto por vos.

—¿Qué es lo que os lo hace suponer?

— Todo y nada. Ciertos rumores; las indiscreciones de vuestros amigos y de los suyos. No debéis quejaros, pues sería la realización de un agradable sueño.

— Ninguno de los que he tenido se ha realizado según mis deseos.

— Dejad ese estilo alambicado, Roberto, — dijo secamente la condesa. Conformáos con la realidad. La princesa se parece á una fantástica aparición, pero tiene más consistencia que un espectro, y está seguro de que tenéis muchos envidiosos que pagarían muy caro el derecho de apoyarse, como v. s., en el respaldo de su sillón, y poder respirar el perfume de sus rubios cabellos con la libertad de vuestros derechos de conquistador. Dejad á un lado vuestro fastidio y sed lo que sois, joven y dichoso. Si es por exceso de galantería para conmigo por lo que tratáis de disimular vuestras dichas, no hacéis bien. Resignada por completo al cumplimiento de mi misión. — y Gabriela se mordió los labios — no sé si me quedan amarguras de los tiempos pasados, ó esperanzas para el porvenir, porque no quiero interrogar mi corazón.

— ¿Temeráis su contestación?

— ¿Qué puede importaros? Si alguna vez necesito distracciones, las buscaré donde más fácilmente puedo encontrarlas, en las atenciones de que me rodea mi marido, en el lujo que su gran fortuna me permite ostentar, en las fiestas y los viajes de que el verano, ya próximo, nos permitirá disfrutar.

Haced lo que yo, pero os suplico que no inquietéis mi reposo con vuestros aires lúgubres y taciturnos. Uno y otro debemos aceptar lo

pasado, procurar nuestra tranquilidad, dejando á otros, más perspicaces que nosotros, adivinar los sucesos futuros.

Habia en el acento de Gabriela cierta mezcla de dulzura y de severidad, de rudeza y de halago. Tan pronto su voz, que velaba para que solo de Roberto fuera oída, era mordaz y colérica, como tomaba modulaciones tiernas y carifiosas. Parecía que se había impuesto la obligación de curar con una mano las heridas que con la otra hacía.

El capitán, indeciso, no comprendía nada de aquel lenguaje tan en contradicción con las revelaciones que se escapaban de las miradas de Gabriela. En vano se preguntaba la causa de aquellos volubles pensamientos, de aquellas escitaciones que manifestaba la condesa.

Siempre en lucha, temiendo enfadarla y al mismo tiempo deseando vencerla de la profundidad de su amor, no podía soportar la idea de que Gabriela le creyese verdaderamente enamorado de la princesa.

Un gran dolor y una ansiedad vivísima se dibujó en el rostro del joven.

La condesa se compadeció y dijo con voz llena de emoción y de ternura:

— Cuando os hablo de este modo, es porque creo que necesitáis tener tanto valor como yo.

Y como si comprendiese, por la apasionada mirada que le dirigió Roberto, que había cometido una imprudencia y una nueva infracción de sus deberes, añadió:

— ¿Quién de nosotros no tiene necesidad?

— Si quisierais auxiliarme un poco, — contestó el capitán con suplicante acento.

— Si no es muy difícil ...

—No. Permitidme que mañana os acompañe á dar un paseo á caballo por el Bosque, pero los dos solos. Deseo hablaros sin testigos, para deciros un secreto, cuyo peso no puedo soportar. Sís á caballo y os esperaré á la entrada del Bosque.

—Eso no. El misterio no conviene más que á los culpables. Saldremos los dos juntos. Es lo más natural cuando no es preciso buscar subterfugios y cuando no se engaña á nadie.

Gabriela insistió con intención sobre las últimas palabras.

—Sea—dijo Roberto, contrariado;—os lo agradezco mucho.

Y como una mujer pierde raras veces la ocasión de decir algo con malicia, añadió con acento burlón:

—Si los gemelos de la princesa fueran una ametralladora, ya hace tiempo que estaríamos hechos polvo.

Tiene razón—continuó;—si yo estuviese en su lugar, difícilmente os perdonaría vuestras ridículas penas.

—Hasta mañana—dijo Roberto levantándose, en el momento en que entraba el general.

—Adios—dijo éste.—¿Nos dejáis definitivamente?

—Sin duda—dijo la condesa—no puede dejar sola tanto tiempo á su bella extranjera.

—Es justo. Y mañana, ¿qué pensáis hacer?

—Roberto y yo daremos un paseo á caballo por el Bosque.

—¿Roberto y tú? ¿Pues y yo?

—Vos tenéis que cuidar vuestros dolores—dijo Gabriela sonriendo cariñosamente á su esposo.

—Es verdad. Divertíos vosotros, mis queridos hijos, y gozad de la vida y de la juventud. Buenas noches, Roberto; sostén el honor del ejército francés.

Lord Fowler estaba en autos y comprendía la pasión que la princesa sentía por el capitán.

Segun sus deducciones aquella fantasía, cuyas diversas fases estudiaba con interés, no podía durar mucho tiempo.

Uno de sus goces mayores era ver en los labios de la princesa una sonrisa. Poco le importaba la procedencia de aquella alegría con tal de ver á su dama contenta y satisfecha. Aquello era su punto capital.

Tenia las dos predominantes cualidades de su raza. La paciencia y la obstinación.

A la llegada de Roberto, el inglés dejó el campo libre á su afortunado rival.

—¿He ganado?—preguntó con indiferencia la princesa á su amante.

—Habéis perdido.

—¿De verdad?

—Os lo juro. La condesa os ha elogiado mucho y no ha tenido ni una sola palabra de ofensa ó de crítica para vos.

—Entonces, no tengo ni la menor noción del corazón humano y confieso mi absoluta ignorancia.

—¿Pero qué es lo que habíais pensado?

—No es muy fácil de decir. Era una idea loca. He oído decir con mucha frecuencia que en Francia, y algunas veces también en Rusia, los ayudantes de campo jóvenes, esbeltos, elegantes y de talento, habían sido creados para ejecutar en campaña las órdenes de sus

generales y para reemplazarles en ciertas y delicadas misiones, cuando sus jefes, mal inspirados, se casan con una mujer de veinte años.

La verdad de este axioma se encuentra en la infinidad de anécdotas que, sobre este particular, me han referido. Todas ellas más ó menos exactas, más ó menos ligeras, confirman ese pensamiento. De ahí dimanar mis deducciones.

Ahora bien, el general de Branville, cuya gloria es ya antigua, se ha casado con una mujer joven y hermosísima y tiene un ayudante que reúne todas las condiciones que yo os enumeraba hace poco. La condesa, que conoce mejor que yo este axioma, duda y teme que yo le quite este auxiliar, sobre el cual había fundado legítimas esperanzas. Es, por consiguiente, lógico que me aoorrezca y que esté furiosa. Por eso esperaba que hablase mal de mí, como mujer mala, fea, coqueta, extravagante ó tonta. Era lo menos malo que podía imaginar. Una mujer ordinaria hubiera dicho lo suficiente para hacerme condenar á veinte años de trabajos forzados.

O mucho me equivoqué, ó la condesa me detesta aun más de lo que yo suponía, y créolo así porque contra todo lo natural y lógico, se empeña en elogiarme, lo cual, como dicen en los dramas, me deja completamente estupefacta.

—Con todas esas para-fojas queréis una vez más demostrarme vuestro talento.

—No tengo tantas pretensiones. Creo tener alguna experiencia y siempre, por eso, sigo te-

nazmente la pista á mis ideas. Con que no os fieis mucho de mí.

—¿Queréis que tema, si no perder vuestros favores?

—¡Mis favores! Eso es muy platónico. Por una vez siquiera hablad como alguien que ama y decid: Lo que yo temo es perder tu cariño, no volverte á ver. Decid lo que queráis, pero ¡por Dios! sed menos glacial, menos académico ¡Mis favores! Eso sí que es la insulsa de los parisienses. Mejor que vuestras reticencias é hipocresías, prefiero la brutal franqueza de nuestras comarcas, ó las exaltadas pasiones florentinas. Vosotros os ocultais para amar, como si no hubiese placer y honor en hacer alarde de la unión de dos almas jóvenes y libres, una unión que el mundo puede perseguir con sus maledicencias, pero que, los murmuradores son los primeros en envidiar.

—¡Lord Fowler os escucha. Hablad más bajo, querida princesa!

—Lord Fowler no tiene nada que ver con esto. Me quiere como amigo y mucho más que vos, estoy segura. Aprueba todos mis caprichos y se somete á todas mis volutades. Yo no le amo, y estad seguro de que lo mismo le sucede á la condesa de Branville, respecto á su marido. Todas las mujeres se parecen, están fabricadas por el mismo molde y en todas ellas arden las mismas pasiones.

—Os juro que os equivocais. Gabriela ama á su marido.

—Entonces es una santa y una mártir. Rogaré á la abadesa de Troitza, que es parienta mía, que mande una aureola para coronar su busto en la próxima exposición, porque me

han asegurado que el general se lo ha encargado ya el célebre escultor Currier Belleuse.

—En efecto. Es verdad.

—El modelo es halagüeño para un artista. Vos sin duda pensais así.

—¿Por qué?

—Porque cuando estábais en su palco la habéis estudiado de cerca y vuestra conversación era muy animada. ¡Os hablabais con una intimidad!... ¿Qué le deciais?

—Yo... Nada.

—¡Ah!

—Escuchaba.

—Entonces, ¿qué es decia la condesa?

—Pues de lo que hablan las mujeres. Me decia que era muy dichosa, que no le faltaba nada, que se divierte mucho, que este verano va á recorrer las principales capitales de Europa. Me ha hablado de modas, de tonterias, de alhajas, y... nada más.

—Y en su conversación no ha mezclado, ó no ha hecho referencia á un pequeño templo griego en forma de Parthenon y en cuyo fronton, en letras de oro, hay esta sola palabra: *Eros*?

—No.

—¿No ha elogiado tampoco al dios cuyo nombre acabo de pronunciar?

—Tampoco.

—Entonces, si no me ocultais la verdad, que sería muy posible, la condesa es una hipócrita refinada. Todas las mujeres hablan de amor cuando se habla con ellas un cuarto de hora, hasta las que no piensan mal. Conque con mayor razon las demás.

—No sois generosa.

—¿Qué queréis? Sin fé no se hace nada bueno.

—¿Sabéis la reflexion que se me ocurre?— dijo Roberto, ensayando una sonrisa.

—No.

—Pues que entré la princesa Ivanowska y la condesa de Branville, la peor es...

—¡Soy yo! ¡No sois de Paris, mereciais ser de Berlin ó de la Lacedemonia! Verdaderamente, no comprendo por qué os amo.

Y se volvió desdefiosamente hácia el salon. Pocos momentos después, cuando vió que la condesa, apoyada en el brazo de Saint Remy, desaparecía del palco, la princesa, con estudiada indiferencia, dijo á Roberto:

—Vamos á intentar una segunda prueba. Ofrecedme vuestro brazo, os lo ruego.

Cuando la princesa y Roberto aparecieron en el *foyer*, fueron acogidos por murmullos de admiración y envidia.

La princesa lucía un precioso vestido de terciopelo azul celeste, liso y sin adornos, con el cuerpo ligeramente descotado.

Su marmórea garganta, rodeada de un collar de diamantes, formaba un luminoso contraste entre el azul de su vestido y la diadema de oro de sus cabellos.

A pesar de su aparente dulzura y la serenidad de su rostro, verdaderamente imperial, mirándola con atencion, se reconocia fácilmente cierta dureza en su fisonomia.

Por el otro lado, Gabriela, resplandeciente en aquel centro deslumbrador, aparecía en el *foyer* acompañada del vizconde Palamede. Estaba dominada por el mismo sentimiento que

la princesa, el de verse frente á frente y asegurarse de cerca del valor de su rival.

Comprendía, como la princesa, que sus existencias estaban encadenadas por un misterioso lazo, y que tenían una sobre otra, cierta secreta influencia.

Saint R my, orgulloso de la belleza de su pareja saludaba con un signo de cabeza á sus innumerables conocimientos é indicaba á Gabriela los personajes célebres que se cruzaban.

La condesa distraída, indiferente á todo lo que la rodeaba no pensaba más que en su proyecto, buscando la manera de encontrarse con la princesa, para lo que servíala de guía el vestido azul y los cabellos de oro.

Gabriela estaba verdaderamente hermosa con la animación que se dibujaba en su rostro.

En el momento en que atravesaba el *foyer*, vió á tres pasos de ella, contemplando con admiración unas pinturas, á la princesa, apoyada en el brazo de Roberto.

Instintivamente dirigió sobre el capitán una mirada de censura que la princesa recogió al vuelo.

La princesa comprendió que aquella mirada era una declaración de guerra y los preliminares de la entrada en campaña.

Las hostilidades iban muy pronto á comenzar.

## XIII

Cuando la princesa se encontró sola con Roberto en su hotel de la Avenida d'Antin, se mostró más expansiva y amable que nunca.

Le rodeó de sus más finas atenciones y caricias, y en el momento en que Roberto se despedía, le dijo:

—Sé franco y confiesa que tenía razón, cuando, hace poco en el teatro, te decía que la condesa, cuyas virtudes domésticas me has garantizado, esa inmaculada del matrimonio, tiene un amante.

—Querida princesa—replicó Roberto—calumniáis á Gabriela. Si queréis que os comprenda, es preciso no hablar por enigmas.

—Un poco de paciencia. El amante de tan adorable mujer es un joven de tu edad y que tiene un parecido a ombroso con un capitán amigo tuyo.

—¿Y cómo se llama?

—¡Roberto Pontis!

— ¡Estáis soñando, princesa!

— Las mujeres no nos equivocamos nunca, cuando se trata de estas cosas. Esa mujer te ama. Ignoro todavía si tu la amas también, pero infaliblemente, más pronto ó más tarde, tú la amarás, pues no se vive impunemente bajo el mismo techo que tan seductora criatura. ¡Este es el axioma de los ayudantes de los generales! Y luego hay que conceder que la princesa es bellísima.

— Os aseguro que la señora de Branville...

— Es un ángel. Estamos conformes. Solamente que es un ángel descendido de las regiones etéreas y que tiene un corazón lo mismo que cualquiera otra mujer, seno palpitante, soberbias espaldas, brazos mórbidos y ojos demasiado expresivos. En una palabra, un ángel con el cual nuestro padre Adán hubiera poblado el paraíso terrenal de «bebés» blancos y sonrosados, lo único, según creo, que faltará siempre para completar la felicidad del general. Estoy segura de que esa mujer te ama; pero yo también te adoro. Por ti he hecho lo que deseaba evitar desde la muerte de mi pobre esposo; he abandonado á San Petersburgo, á la corte, al Czar, mis palacios, los magnates, en una palabra, lo he abandonado todo. Tú eres mi compensación, lo equivalente á lo que dejé en mi país. Si me atacan en lo que más quiero, sabré defenderme; mas si tú me engañas, me vengaré! Esta palabra tan trivial en los labios de una mujer, la doy su verdadero valor, afirmándote que no efectuaré mi venganza por medio del veneno ni del puñal, me vengaré empleando procedimientos anodinos que hacen menos ruido.

— ¡Qui meras é invenciones de mujer ociosa y desocupada— dijo Roberto, besando la mano de la princesa.

— ¡Vaya!— replicó la princesa acariciando las pálidas mejillas de su amante.— Sé lo que necesitaba. Y ahora, vete á dormir y medita mis... quimeras. ¡Buenas noches, *carissimo!* ¡Que la vecindad de la hermosa condesa no turbe tu sueño!

El capitán atravesó el vestibulo del hotel, donde dormitaban sobre cómodos sillones varios criados, envueltos en magnificas pieles, y salió á la Avenida.

Los mecheros de gas esparcían su dorada luz, contrastando con los pálidos reflejos de la luna.

Algunos transeuntes retrasados cruzaban la calle con paso precipitado.

Roberto, preocupado, pegando con el bastón en la punta de sus botinas, marchaba lentamente, reflexionando sobre la singular situación que se había creado.

La princesa no se equivocaba.

La frialdad de su amante, después de la pasión de los primeros días, fué la causa de sus dudas.

El capitán llegó á las dos de la mañana al hotel de Branville.

Un profundo silencio reinaba en la calle de Courcelles.

Roberto, temiendo ser escuchado por la condesa, abrió con precaución la verja del jardín y penetró en el hotel marchando de puntillas como un ladrón que teme ser sorprendido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO GARCÍA"  
193

IND. 1625 MONTECARMEL, MEXICO

#### XIV

De día en día y casi de hora en hora, aumentaba el afecto que el general sentía por Gabriela.

En efecto, la joven, por lo menos aparentemente, merecía el excesivo cariño que su marido le demostraba.

Una libertad completa y sin reservas había substituido al fastidio, que antes sentía el lado del conde, y que muy á menudo la costaba trabajo disimular.

Las familiaridades de su marido acogíalas con una plácida sonrisa, y jamás se oponía á satisfacer sus caprichos, por efímeros que fueran.

Por consiguiente, el señor de Branville era completamente feliz.

A la salida de la Opera, electrizado por las admiraciones de que Gabriela habla sido objeto, seducido por los perfumes respirados en el carruaje que les condujo al hotel, asistió

después al más encantador de los espectáculos.

Rosa, que esperaba á su ama para desnudarla, se retiró cumpliendo las órdenes recibidas.

La condesa, de pie frente á un espejo, sin parecer notar la presencia de su marido, dejaba caer uno á uno todos sus vestidos.

Sin embargo, un espíritu aéreo é invisible, colocado frente á ella, hubiera notado que sus labios se crispaban ligeramente al notar el aspecto del conde, cuyos movimientos observaba en el espejo. Indudablemente su presencia contrariaba á Gabriela.

Recostado en un diván, el general asistió á la *toilette* de su esposa, admirando aquellas bellezas que formaban parte de sus dominios.

La condesa, cubierta con un peinador de finísima batista, que transparentaba las perfecciones de su cuerpo, se acercó al general, quien saliendo de su éxtasis, recordó instintivamente su perdida juventud.

—Buenas noches—dijo Gabriela—es la una de la mañana, y me estoy cayendo de sueño.

—¿Me despides?—preguntó el general con dulzura.

—Estoy muy cansada y me extraña que vos no lo estéis también. Por complacerme os habéis condenado á llevar una vida á la cual ya no estábais acostumbrado.

—Es verdad. Los bailes, las reuniones, las fiestas...

—Debéis estar disgustado por mis exigencias.

—¡Disgustado! De ningún modo, querida. Mi ambición no podía desear una dicha seme-

jante á la que te debo. No existe en el mundo un marido más favorecido por la suerte que yo. Tanta gracia, tanta belleza y tanta juventud, todo me pertenece. Mi felicidad puedo únicamente compararla con un cuento de hadas, y algunas veces tengo necesidad de frotarme los ojos para asegurarme de que no sueño. Yo mismo no me conozco. Tengo aspiraciones de colegial, y siento renacer las pasiones ardorosas de la juventud.

Una hora más tarde Gabriela estaba sola, rígida y temblorosa, escuchando el ruido de los pasos de su marido que se alejaba.

Con movimientos febriles pasó por su rostro un pañuelo húmedo, como queriendo borrar las señales de las caricias recibidas.

Durante largo tiempo permaneció inmóvil, con la mirada fija y los labios contraídos.

En el momento en que se dirigía á su alcoba oyó un ligero roce de pasos en el corredor, y más lejos, en el fondo, el ruido de una llave.

—¡Pobre Roberto!— pensó Gabriela. —¡También él sufre! Pero él puede buscar alivio á sus penas, y yo no tengo ese derecho.

## XV

Al día siguiente un sol hermosísimo prestaba su alegría á un cielo transparente y puro.

Muy alegre y satisfecho el capitán, bajó muy de mañana á las caballerizas para presenciar los preparativos de su paseo con Gabriela.

Mandó ensillar con esmero su caballo alazán, y en seguida dirigió sus atenciones sobre Miss Kate, la yegua favorita de la condesa.

A las siete en punto bajó Gabriela, ya lista para montar, lo que efectuó ayudada por el joven.

También ella estaba alegre y decidida.

Tan pronto como los dos ginetes atravesaron el patio del hotel, pusieron sus caballos al trote.

El general, que al ruido de los caballos se había asomado al balcón, envió á los jóvenes un adiós afectuoso.